

Hombre Nuevo

José Manuel, L.C.

El que da con una mano, recoge con las dos

Un sacerdote tiene privilegios insospechados pues además de escuchar y perdonar los pecados, comparte momentos de condensada dicha o de profunda tristeza. En las montañas de Antioquia, rodeada de aves y flores multicolores, he conocido a una mujer que necesita un milagro para curarse de un cáncer mortal. La enfermedad quiere apagar la vida de una estrella que durante muchos años se dedicó a dar amor y atención a los menesterosos. Ella se entregó a servir, recorriendo calles y barriadas, a los que habitan debajo de los puentes. No es de las que se conforman con repartir ropa y alimento, sino que los lavaba, les enjabonaba el enredado y grasiento cabello, para dejar esos cuerpos momentáneamente libres de la mugre. Ella supo dispensar abrazos y caricias, expresión auténtica de compasión y afecto. Se trata de uno de tantos santos anónimos que en cada sonrisa te dejan el alma flechada.

No sé cuánto tiempo continúe irradiando luz su mirada, pero lo cierto es que su recuerdo anda deambulando por las calles en cada uno de esos niños semidesnudos, en los ancianos abandonados, en los vagabundos. Ella no está sola, la familia y sus amigas de la infancia la cuidan como a la perla su coraza. Lo que dio con una mano, ahora lo recoge con las dos.

twitter.com/jmotaolaurruchi